

LAS GUERRAS SECRETAS

JULIO MANUEL
DE LA ROSA



Introducción de
FRANCISCO NÚÑEZ ROLDÁN

algaida



Primera edición: 2018

© Herederos de Julio Manuel de la Rosa, 2018
© Introducción de Francisco Núñez Roldán, 2018
© Algaida Editores, 2018
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-067-6
Depósito legal: SE. 2158-2018
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción de Francisco Núñez Roldán . . .	9
<i>Cita en Weimar</i>	13
1.	15
2.	51
3.	70
4.	94
5.	114
<i>La guerra secreta del general Franco</i>	129
1.	131
2.	196
3.	211
4.	241
5.	252
<i>El hijo tonto</i>	259
I	261

II	273
III	285
IV	293
IV	296
V	301
VI	315
VII	334
VIII	348
IX	358
X	369
XI	379
XII	395
XIII	403
XIV	416

INTRODUCCIÓN

JULIO MANUEL DE LA ROSA (SEVILLA, 1935-2018) NO PRECISA presentación. Las tres novelas cortas que forman este libro, tal vez sí.

Terminadas y repasadas pero sin publicar, son de lo más destacado que dejó el autor, y salen ahora a la luz por buen criterio de la editorial Algaida, que tanto y tan bien lo divulgó, y de sus herederos, que así lo han permitido.

Es bello y triste presentar la obra de un amigo fallecido hace poco, a quien le admiraba como escritor y aún más como persona. Con sus siempre bien medidas y sosegadas palabras tengo amuebladas las mejores estancias de mi interior literario y humano.

El privilegio de esa amistad y comunicación con el maestro me obligan a introducir al lector un poco en el mundo juliano. Si es ya conocedor de su obra, verá que son complemento muy en línea con el estilo y temática de Julio. Si es neófito al respecto, las tres narraciones le serán un epítome suficiente, y a buen seguro le incitarán a conocer más a fondo a uno de nuestros mejores prosistas, cuyo reconocimiento sin duda gana y

ganará con el tiempo, como los buenos vinos, que por cierto no le disgustaban, y que más de una y dos veces compartimos en nuestras conversaciones.

Las tres novelas van en orden cronológico, según rezan las fechas que Julio anotaba siempre al final de sus manuscritos.

La más antigua, *Cita en Weimar*, crea una extraña expectación desde el principio, dado el absurdo aparente de la notificación que recibe el protagonista, un ser del lado bueno de la vida, de las buenas personas que el autor sabía dibujar magníficamente, quizá como un trasunto de él mismo, pienso. Abundan las referencias literarias y metaliterarias, tan frecuentes en la obra de Julio, lo que no priva al texto de la emoción de una novela decididamente antifascista, entre histórica, negra y de amor, que todas esas cosas se ensamblan con maldita y envidiable destreza. Y no puedo callar que la idea de la novela salió indudablemente de los comentarios que le hice a Julio la primavera anterior a su escritura, tras una peregrinación laica que realicé a las ciudades de J. S Bach, uno de mis dioses. En Weimar, en concreto, me impresionó sobremanera la vecindad de tan culta y bella urbe con el campo de exterminio de Buchenwald. De las conclusiones sobre la cercanía entre la grandeza y la ruindad, la bondad y la maldad humanas que Julio y yo estuvimos comentando largamente está hecho el núcleo de esa novela, que por sí sola justifica ahora mi viaje, pues como producto colateral dio lugar a tan soberbias líneas, de las cuales, excepcionalmente, nunca me había hablado Julio. Porque, por lo demás, teníamos la costumbre de intercambiarnos los textos aún en agraz para que cada uno opinase lo que considerara conveniente, y el otro rectificase o no lo que viera oportuno. Las líneas de *Weimar*, no.

El hijo tonto es mucho más suave pero no menos compleja Una imaginada, o no tanto, biografía de Gustave Flau-

bert, contada aquí por su sobrina, personaje real que en verdad se hizo cargo de la herencia del autor, y cuya pacatez destruyó todas las cartas de Louise Colet, la más conspicua amante de Flaubert. Se salvaron, menos mal, las de él a ella, que son las que indudablemente tenían y tienen valor literario. Sin duda, con esa colección epistolar más la atenta lectura de la breve pero densa obra flaubertiana, se va construyendo la referida biografía en primera persona donde, con la excusa de opiniones personales, Julio fabrica un ser femenino y ubicuo, más ñoño de lo que debería pero a la vez más agudo y cosmopolita de lo que tuvo que ser la sobrina. La novela resulta además un estupendo paseo breve por la literatura francesa de finales del XIX, por la vida y pensamiento de Flaubert, y sobre todo por su poética, su concepto de la escritura y su método. Al terminar la narración sabemos que hemos conocido una literatura completa embutida en un aparente soliloquio que hemos leído como un cotilleo, casi sin darnos cuenta.

La guerra secreta del general Franco está entre la que podríamos llamar narrativa militante de Julio de la Rosa, aspecto que ocupa un buen espacio dentro de su obra, y de la que también formaría no poca parte la ya referida *Cita en Weimar*. *La guerra secreta* toca aquel cruel, estéril y semisilenciado conflicto armado de Ifni, en 1958. Las soberbias e implacables primeras páginas introducen ya al lector en un mundo tan real como fantasmagórico en cuanto a la crueldad del momento y lo alucinante de una lucha contra un enemigo frecuentemente invisible, en un paisaje hostil hasta la exageración, pero de una singularidad y belleza que subyugan justo por el mefítico mensaje que a la vez transmite el entorno. Aparece luego en el texto el paisaje de Etruria, aquella geografía literaria creada por Julio para sus novelas guerracivilistas, donde las secuelas del conflicto se prolongan hasta materializarse en tensiones pre-

sentés. La guerra que fue y la guerra que es se mantienen alternas y ensambladas en la novela, a través de un soldado que pertenece a ambas geografías, y con cuya cultura como excusa va punteando Julio las inevitables referencias literarias que aparecen en casi todas sus obras. Referencias que tanto enseñan, a la vez que tan escasamente distraen del hilo narrativo. ¿Cómo conseguía eso el maestro? Sólo él lo sabía. Él y los dioses avaros que, no pudiendo soportar más su estancia entre nosotros, se lo llevaron el 7 de febrero de 2018 al Empíreo, a los Campos Elíseos, a la Walhalla, al Cielo..., adonde ustedes quieran, y donde con toda seguridad le estarán ofreciendo el continuo y merecido homenaje que apenas le dio en vida la ciudad que lo vio nacer y morir.

Francisco Núñez Roldán
Sevilla, octubre 2018



CITA EN WEIMAR

1.

EN EL MOMENTO DE SEPARARNOS ME DIJO «TE AVISARÉ antes de morir». Me extrañó sobremanera aquella forma de hablar, el raro sentido de sus palabras que brotaban inesperadas entre los labios apretados y amargos. Isabel desdeñaba la ambigüedad, las expresiones rebuscadas o poéticas. Solía hablar de manera directa y escéptica, apoyada siempre en la evidencia. Había estudiado Química y su expediente académico era excelente. En cierta ocasión le dejé *El sistema periódico*, de Primo Levi. Me devolvió el libro al día siguiente con un comentario rotundo: «Es absurdo».

La miré perderse entre la gente sin pensar que era el adiós definitivo. De todo esto hace ya treinta y siete años. Durante los primeros meses de la ruptura soñé mucho con Isabel. A partir del segundo año desapareció de mis recuerdos. Conocí a otras mujeres y su sombra dejó de interponerse. Medio pude rehacer mi vida, y como nada conservaba de ella, se puede decir que Isabel se esfumó de mi existencia. A veces su nombre o nuestras iniciales aparecían como un sobresalto en la

primera página de un libro, encima de una fecha remota, un «agosto-57» medio borrado por el tiempo.

El telegrama llegó a las 16.05 del 28 de febrero. Tardé varias horas en reaccionar. «Me faltan cuatro días para morir. Por favor, ven. Weimar. Isabel». Se trataba de una fantástica confusión o de una broma de pésimo gusto. Recordé de nuevo «te avisaré antes de morir» en plena calle, mientras caía la tarde, hace treinta y siete años, casi una eternidad. Me veo de nuevo tembloroso, bajando la escalera de la cafetería mientras ella intentaba ocultar las lágrimas. Salimos a la calle y nos detuvimos en el semáforo. Entonces Isabel me dijo: «Te avisaré antes de morir». Aplastado y avergonzado como estaba, aquellas palabras me resultaron extravagantes y fuera de lugar. Debía huir, desaparecer de su vista. Aproveché el cambio del semáforo y, corriendo, atravesé la calle.

De nuevo con el telegrama en la mano. «Weimar. Isabel». Qué Weimar, dije en voz alta, todavía conmovido por la sorpresa. Nunca he sido un hombre bien dotado para las urgencias. Me despierto muy lentamente, tardo casi una hora en el baño y media en desayunar y leer el periódico; traducir un texto de doscientos folios me ocupa todo un año y un simple artículo dos días de trabajo. Debía estar muy cerca de la figura del tonto anonadado hundido en un sillón con el telegrama en la mano, haciéndome preguntas inútiles. Desde que me separé de Isabel he debido cambiar de ciudad y domicilio diez o doce veces. Cómo sabía ella mi actual dirección. Tuve la primera iluminación de la tarde: la impertinente e insidiosa amiga de la infancia y juventud que a veces me encontraba en el autobús. «Sabes que Isabel se casó en Alemania y vive en Weimar». Weimar de Goethe, Weimar de Thomas Mann. Cómo se llega a Weimar. República de Weimar.

Cuando ya tenía en la mano el teléfono para llamar a la agencia de viajes, tuve el segundo ataque de obriedad de la

jornada: cómo puede un ser humano adivinar su propia muerte con cuatro días de anticipación y además anunciarlo en un telegrama. Razonamiento elemental pero sin fisuras. Colgué el teléfono. Parecía mentira que una criatura tan germánica, hija de un militar español de 1936, nada especulativa, forjada intelectualmente en ese islote de la razón que es la química, en su discurso claro, preciso y verificable, expresado en un lenguaje bien definido que aspira siempre a lo esencial cartesiano, podía haber caído en los oblicuos abismos del pensamiento mágico-poético, oh razón pura, que por ella sabemos que el hombre es un ser para la muerte, cierto, pero la vieja dama es imprevisible en sus visitas, nunca avisa con noventa horas de anticipación. Entonces, quién puso el telegrama, quién se tomó el trabajo de redactar el telegrama desde Weimar, abonar su importe y escribir mis señas. Un *whisky* con hielo acompaña siempre el pensamiento del solitario. Alguien me ha enviado el telegrama y yo lo he recibido. Enterarse de las combinaciones que existen para llegar a Weimar es algo que no puede hacer daño. Simplemente un ciudadano, que paga sus impuestos, desea ir a Weimar. 28 de febrero, 18.35, invierno, delgada llovizna en los cristales, mucho frío en la calle, cálido apartamento, mesa camilla con calentador eléctrico, frigorífico repleto, sin deudas ni hipotecas, unos tres mil libros por fin bien ordenados, quién por un asunto de estas características deja su casa tan duramente edificada para aventurarse por las nevadas carreteras para acudir a una cita que fue formulada hace cerca de cuarenta años. Además Isabel no hablaba nunca de la muerte. Su conversación solía ser pragmática, una crónica de la evidencia: su futura profesión de química en alguna empresa sólida y acreditada, el dislocado precio de la vivienda, muebles y decoración de interiores, oposiciones y temarios, la felicidad que traen los hijos. A veces me contaba algunas anéc-

dotas de uno de sus profesores, un anciano sarcástico y muy inteligente, que afirmaba que el contacto con la materia era un verdadero retorno a los orígenes entre las cuatro paredes de un laboratorio.

Supongamos que ya he llegado, estoy en Weimar, acabo de llegar en avión, tren o automóvil. Y ahora qué. Me alojo en un pequeño hotel; el reloj marca las 7.30 de la mañana del 4 de marzo, último día de la vida de Isabel. Duchado, afeitado y vestido, me miro en el espejo iluminado del baño. Qué hago ahora. Weimar debe de tener algo más de doscientos mil habitantes, no es ya la ciudad casi medieval del joven Goethe; además ignoro el nombre y los apellidos del marido de Isabel y mi conocimiento del alemán es nulo. Dónde localizarla. Supongamos que tengo la rara fortuna de alumbrar una buena idea: doctora en Ciencias Químicas, Isabel imparte clases de análisis cuantitativos y cualitativos en la Universidad de Weimar, Facultad de Física y Química. Tras un largo forcejeo, el taxista parece comprender. Chirrían los neumáticos sobre la delgada capa de nieve; árboles sombríos orillan la desierta carretera que conduce al campus universitario; maciza estatua de Goethe o quizás sea Schiller. Edificio gris de tres plantas, ventanas iluminadas. Me cruzo con un grupo de estudiantes vestidos como esquimales o montañeros. Desprovisto de referencias objetivas y datos concretos, estoy a punto de enfrentarme con la plúmbea burocracia germánica. El corazón me golpeaba en el pecho. Todo esto es una locura. El vestíbulo estaba vacío y caldeado. Suena un timbre lejano. Junto a la monumental escalera de mármol, una señorita uniformada detrás de una mesa con un rótulo: UNIVERSITAT INFORMATION. Debe tratarse de un milagro, pues la chica morena se quedó mirándome sonriente e incluso pareció entender mi situación de naufrago en Weimar. Hablaba casi español. Siem-

pre he agradecido el aspecto desvalido que al parecer tengo, un aire infeliz y vulnerable que despierta en cierto tipo de mujeres el instinto maternal, virtud que me ha permitido obtener algunos favores de secretarias, azafatas y señoras maduras en distintos trances de mi errática existencia.

Le explico en tono de penosa indigencia a la señorita morena mi urgente necesidad de ver a la profesora Isabel X. La muchacha del suéter ajustado parece hacerse cargo. Utiliza al mismo tiempo ordenador y teléfono. «La doctora estuvo aquí ayer por la tarde. Dictó sus clases en el laboratorio y se marchó con varios profesores de su departamento». Inverosímil. Ninguna funcionaria, y menos alemana, le facilitaría a un desconocido semejante caudal de información sobre un miembro del claustro de profesores. Al igual que Isabel, los alemanes suelen ser distantes. Mientras le agradecía su valiosa gestión, pensé que aquello, siendo mucho, no me bastaba.

Todo este milagro podría ocurrir en realidad, lógicamente con algunas variaciones imprevisibles o desagradables, pero podría suceder o es que acaso la venerable Universitat de Weimar carece de un servicio de información para el recién llegado. Tal vez me atienda una solterona seca como un esparto.

Abro la agenda y me acerco al teléfono. Aquí está el número y entre paréntesis Víctor-Director. Me resisto un poco. Media hora más y la agencia cerrará hasta mañana a las nueve y mañana es 1 de marzo. Además si ahora no tomo la decisión, me aguarda toda una noche de vacilaciones y fantasmas. Me vienen a la cabeza unas palabras de Goethe, capaces de demorar unos minutos la llamada: «Guardémonos la ilusión de que una mujer pueda ofrecernos algo más que el placer momentáneo del instante que pasa». Y después Goethe se pregunta «¿es que quiero ser feliz?»; no, lo que quiero es llevar a cabo mi obra». Tengo casi sesenta años, no aspiro a la felicidad, no

quiero llevar a cabo mi obra por la sencilla razón de que no tengo obra alguna que realizar; lo que deseo es vivir con algún sosiego y hacer mi trabajo de manera honesta. Me pasa por la cabeza la idea de otro *whisky*; mi mano derecha se mueve, toma la decisión por mí, pero en vez de coger la botella, descuelga el teléfono y cuando me doy cuenta tengo a Víctor al habla. Buen profesional, no le sorprende la idea de que yo quiera viajar a Weimar, ni tampoco parece molestarle mi urgencia y titubeos. Si me apresuro —me dice— podría entregarme esta misma tarde una hoja de ruta, que yo estudiaría por la noche y elegidas las opciones, podría viajar mañana día 1, aunque ya me anticipaba que el aeropuerto más cercano a Weimar era el de Frankfurt.

No recuerdo cómo llegué a la agencia. Debí caminar sonámbulo bajo la lluvia; lo que sí recuerdo es la mirada tranquila de Víctor. A veces vemos nuestras carencias reflejadas en los ojos de los demás con extraña precisión. Traté de mostrarme sereno. Al fin y al cabo todo aquello, visto desde fuera, era un asunto normal; Víctor me conocía, sabe que trabajo para una importante editorial. Me alargó una hoja de papel. Ruta óptima. Parte 1.

Weimar-He-Marburg-D-Frankfurt am Main-D.

—Hemos tenido suerte —me dijo—, mañana miércoles día 1 hay un vuelo a las 13.15. No es directo.

Tampoco recuerdo cómo volví a casa con las reservas en el bolsillo. Una noche muy larga. Apenas probé bocado y antes de acostarme, preparé el equipaje. Metí en la maleta las camisas y la bufanda roja y me enfrenté con el dilema: elegir entre el abrigo clásico de funcionario o el chaquetón. La verdad es que somos poca cosa, nos distraemos con cualquier banalidad. Estaba consiguiendo terminar la maleta cuando me acordé de que cerca de Weimar hubo un célebre campo de

exterminio nazi. Había leído algo no hacía mucho. Me dirigí al despacho. Allí estaba. Un libro de Jorge Semprún, *L'écriture ou la vie*. Cogí también *Carlota en Weimar*, de Thomas Mann, traducción de Coll Robert, de 1951. Me senté a la camilla y me serví otro *whisky*. Buchenwald, campo de exterminio. Las primeras y confusas noticias sobre los campos alemanes empezaron casi al final de la guerra, en el 44 o 45; en España, bastante después. Eran rumores disparatados, tan terribles en su inaudita crueldad, que la gente no se lo creía. «El primer indicio que descubrimos es el extraño olor que nos llegaba a menudo, al caer la tarde, a través de las ventanas abiertas, que nos obsesionaba toda la noche cuando el viento seguía soplando en la misma dirección: era el olor de los hornos crematorios». Palabras de Léon Blum, que ni siquiera sabía dónde estaba, en qué región de Alemania había sido deportado —Semprún—. Vivió dos años en un chalet del barrio de los acuartelamientos S.S. en Buchenwald, ignorando la existencia del campo de exterminio. Isabel habría acogido con entusiasmo las palabras de Blum. Ilustraban perfectamente la situación del pueblo alemán y confirmaban las escandalosas y cínicas tesis negacionistas de Faurisson y del ala derecha de los historiadores alemanes, de manera que los alemanes eran inocentes desinformados que no sabían nada o muy poco de lo que estaba pasando. Fue durante un tiempo el tema de una de nuestras más penosas discusiones. Sintiéndome acorralado, yo recurría a Thomas Mann. «Tu admirado Mann era un homosexual vergonzante y un padre cruel que ni siquiera logró acabar el bachillerato», estallaba Isabel. Sus ataques de ira me dejaban perplejo y acobardado; su madre los identificaba complacida con un fuerte carácter muy propio de las mujeres de la familia.

Me acosté tarde, algo pasado de *whisky* y caí en un sueño inquieto y ligero. Sobresaltado encendí la luz convencido

de haber perdido el avión. La esfera luminosa del despertador me indicó que eran las 6.14. No había amanecido. Estaba cometiendo un gran error, algo descabellado y sin el menor sentido. Cierto que había recibido un telegrama de Weimar firmado por Isabel, pero su contenido era irreal. Desde nuestra ruptura nunca llegué a verla, aunque dos veces me pareció reconocerla por la calle, desde lejos. Nunca hemos hablado en estos años, ni una palabra. Ella conoció a otro hombre y se casó con él. Me habrá olvidado como yo me olvidé de ella, por lo tanto la idea que me acaba de asaltar es una idiotez; por lo general las ideas que suelo tener a las 6.14 de la mañana son ridículas o absurdas: separada hace años de su marido y tras un tiempo de reflexión, Isabel comprende que soy el único hombre de su vida y me llama a su lado para que vivamos juntos el resto de nuestras vidas como dos felices jubilados heridos por un amor sublime. Para un folletín no estaría mal. Cuando Isabel se separó de mí hace treinta y siete años, lo hizo llena de desprecio y rencor. Debo reconocer que no le faltaban motivos para ello, pero aquella historia se acabó, es imposible oponerse a la erosión del tiempo y mucho más cuando ella decidió unir su vida a la de otro hombre y tener hijos, de manera que estaba a punto de iniciar algo sin sentido. Dejo mi trabajo, que como es habitual, llevo retrasado, me planto en Weimar y le digo aquí estoy yo.

El cansancio me venció por fin y cuando desperté eran las 9.11. Mientras me afeitaba terminé de aceptar el asunto como una extraña aventura, un inesperado estímulo que debía aprovechar para enriquecer mi menguada experiencia vital. Llevaba años atado a un rígido horario de trabajo, sin vacaciones. Verdad que mi prestigio profesional era bueno y por fin ganaba dinero de manera estable. Salir de la rutina por una vez, como si al venerable Kant le llegara una invitación para

pasar unos días lejos le Königsberg. Harta de mi pereza y dispersión de aquellos años, Isabel me hablaba a veces y muy didácticamente del método de trabajo del hijo del talabartero, al que tanto admiraba. Por lo visto Kant se levantaba a las cinco de la mañana. Tomaba varias tazas de café, fumaba una pipa y planificaba el trabajo del día. De seis a siete preparaba las clases de la jornada. A las diez, concluida su labor docente, escribía hasta la comida. Luego paseaba una hora y dedicaba el resto de la tarde a la lectura. Se acostaba a las diez de la noche. Y cuándo follaba. Isabel me miraba escandalizada. ¿O es que Kant no follaba?, perdón, no hacía el amor, era un convencido pietista. Isabel enrojecía de indignación y vergüenza. Más o menos así eran nuestras frecuentes discusiones en el último año —el nefasto 1963— y no precisamente a causa de Kant, sino más bien de mi incierto futuro. Isabel repetía muchas veces que lo que había empezado como un gran amor —el famoso «vivir en los pronombres»—, estaba transformándose en un fracaso. Y esta vieja historia, tan normal en el fondo, es quizás digna de un final como el que estoy a punto de emprender, me dije en voz alta. El timbre de la puerta.

El chico de la agencia. Como quedamos, abiertos los billetes de vuelta. Las 10.08 de la mañana, día 1 de marzo. He aquí a un hombre de edad respetable a punto de cometer la máxima estupidez de su vida, por otra lado repleta de actos irreflexivos. «Deberíamos dejar de ser personajes de un bolero y casarnos de una vez como seres reales de carne y hueso». Siempre me mortificaba con la misma cantilena. Joven de veinte y pocos años encuentra a hermosa muchacha que oculta bajo su delicada anatomía la fortaleza de un búnker construido por el ingeniero señor Todt.

Me decido por dejar el abrigo y llevarme puesto el chaquetón. No llueve aunque el cielo sigue encapotado. Billetera,

tarjetas de crédito, sobre de la agencia, reservas del hotel, lista de trenes a Frankfurt. Isabel me quería, por lo menos, catedrático con publicaciones notables y no un simple traductor explotado por editoriales abusivas. Sus andanadas contra los traductores eran demoledoras e injustas: maquilladores de la palabra original, operadores semánticos, gente de medio pelo, etc. Nadie debería viajar hacia un destino tan incierto con un lastre tan pesado. Cuando me concedieron el Premio Nacional de Traducción, recibí muchas felicitaciones, pero ninguna era de Isabel. Entonces recordé unas palabras de Octavio Paz: «Una traducción correcta debe ser, ante todo, verosímil, porque representar significa ser la imagen de una cosa, su perfecta imitación. La representación requiere no sólo el acuerdo y la afinidad con aquello que se representa, sino la conformidad y, sobre todo, el parecido».

Cuando estaba trabajando en un encargo sobre Virginia Wolf pasé varias semanas en Londres y una noche, al entrar en un *pub*, me pareció verla sentada con un hombre, que debía ser su marido. No digo que el corazón me dejara de latir. Era diciembre de 1973 y hacía ya más de diez años de nuestra separación, pero noté un antiguo vuelco en el estómago. Me acomodé en la barra y espí con disimulo. Seguro que era ella, el pelo, la forma de la cabeza, la frente ancha. De pronto pareció adivinar que alguien la estaba mirando y volvió la cabeza. Era ella. No me localizó y como no tenía sentido prolongar el juego, me marché. Esto es lo más destacable en tantos años de separación. Algunas mañanas de domingo, paseando sin rumbo por las calles, me asaltaba el recuerdo de Isabel. Londres es una de las ciudades que más amo y en mis ensoñaciones, que tanto le irritaban, le dije muchas veces que pasaríamos largas temporadas en Londres, en un apartamento pequeño al lado del prado comunal, muy cerca de un

bar llamado Las armas de Pontefract. Isabel se quedaba mirándome con pena y solía destrozar mi relato con algún comentario demoleedor.

Aceptada pues mi absurda decisión de viajar a Weimar, ahora debo bajar a la calle. Vivo en un barrio impersonal pero muy cómodo. Banco, estanco, panadería, carnicería puesto de periódicos y parada de taxis, todo en la misma acera. Parece mentira que un hombre de edad, buen camarero y cocinero de sí mismo, esté a punto de cometer semejante tontería. Luce en la calle un sol tibio. Aire frío. Me encuentro bien en mi chaquetón. Se trata ahora de tomar café en el sitio habitual, después de haber adquirido un cartón de mi tabaco, inexistente en Alemania. Y leer el periódico como si nada hubiese ocurrido. Walter Benjamin, el mismo Ortega, George Steiner, Broch, Octavio Paz y últimamente el joven Javier Marías, han planteado reflexiones sobre la traducción que en absoluto convenecerían a Isabel. El reloj parece paralítico. Tampoco se trata de llegar al aeropuerto con tres horas de anticipación. Weimar está en el centro de Alemania, en el *land* —estado— de Turingia, a orillas del río Ilm. Podría cancelar el vuelo, inventar un pretexto más o menos creíble. Cuando uno es ya viejo corre el peligro de convertirse en un mueble. Tan cierto como que existe la «mujer-violín», es la existencia del «hombre-sillón». El camarero se queda mirándome con mal disimulada curiosidad. Treinta y siete años de soledad me han convertido en un ser que a veces habla solo. Me demoro en la cafetería más de lo habitual. Se está bien aquí, el local casi vacío, es hora laboral de un día entre semana, pero tampoco conviene retrasarse sin motivos. Repaso, tomo conciencia: se trata de la cita con una mujer, casi me había olvidado. No debo tomar otro café; los años me han proporcionado una discreta hipertensión. Debo volver a casa. Basta con cruzar la calle.

Acabo de cerrar la maleta. Todo está consumado. Me saludo a mí mismo delante del espejo del salón, con media sonrisa de personaje aparentemente seguro del futuro. Me noto los efectos de una dieta razonable que he venido siguiendo en los últimos meses. Chaqueta *sport* de lana inglesa, camisa a juego, corbata entonada y discreta. Afeitado, pelo recién lavado. Hombre bien presentado. Con este aspecto ni puedo ni debo sentarme de nuevo en el sillón, que tiene ya la forma de mi cuerpo. Lo que procede es coger la maleta y lanzarme valientemente a lo desconocido, después de revisar los grifos e inspeccionar el gas. Todo en orden. Cada cosa en su correspondiente bolsillo. Le confirmo al portero que, en efecto, salgo de viaje. Ni siquiera tengo que molestarme caminando con la maleta. Aparece un taxi. Acomodo la maleta en el asiento delantero. «Al aeropuerto», digo con voz bien templada. Ya no hay remedio. Una inesperada huelga de controladores e incluso de pilotos, un largo retraso por motivos técnicos, un aviso de bomba o una descomunal tormenta de nieve. «En esta ciudad no cae la nieve desde febrero de 1954». «Cómo dice usted», me pregunta el taxista. «Voy a vuelos internacionales», le digo.

La lluvia ha dejado de caer hace rato. Atravesamos la periferia de la nueva ciudad. Dice un personaje de novela «en la actualidad vivo como un forastero, a pesar de que habito en esta ciudad desde que tengo uso de razón, y conozco sus plazas, barrios y calles como conozco mi propio cuerpo, es decir, sin asombro, claro, pero sin hastío». También mis opiniones sobre la ciudad eran motivos de discordia y desencuentros con Isabel. Al igual que su padre, ella amaba la ciudad sin condiciones y no admitía la menor crítica. «Si no te gusta o no estás de acuerdo, lo coherente es marcharse», me repetía. Ahora apenas si me muevo del barrio, salvo algunos paseos por la

parte antigua, buscando las tabernas de mi juventud. He aceptado ya que un traductor con trabajo no es un comandante en el campo de batalla, ni un explorador del Ártico. La vida del traductor tiende a ser poco dramática. Ya no hay solución: primero Bruselas y desde Frankfurt a Weimar, en tren. Ni siquiera conozco el apellido del marido de Isabel.

En mayo de 1963, dos meses después de la ruptura, me ofrecieron mi primer trabajo importante, la traducción de *The Bear*, de Faulkner, con una breve introducción anotada, que debía estar terminada para octubre. Acepté. Un compromiso difícil. «También esta vez éranse un perro y un hombre». Escribí una introducción donde trataba de explicar de manera sencilla las claves del universo faulkneriano y la laboriosa penetración de sus novelas en España a partir de la traducción para Espasa-Calpe de *Sanctuary*, de Lino Novás Calvo, en 1931. Recibí una efusiva felicitación del editor y varios elogios de la crítica.

El día de mi cumpleaños me llegó una carta de Isabel. O mucho me equivocaba o aquello era un intento de reconciliación; con toda claridad me indicaba dónde pensaba estar entre el 1 y el 15 de agosto. Seguro que de haber acudido a su llamada ahora no estaría aquí. Me pagaron en la editorial y me marché detrás de otra mujer. A partir de ese momento no supe nada más de ella.

Ignoro cómo y dónde conoció a su marido, aunque me pareció muy coherente su traslado a Alemania y su casamiento con un alemán; supuse que el marido sería médico, físico, ingeniero o economista, un técnico y no un lector de Kafka o de Thomas Bernhard.

Todo normal en el vestíbulo de vuelos internacionales. El de las 13.15 a Bruselas aparece ya en el tablero electrónico, donde no figura la temida palabra «cancelado». En unos mi-

nutos realizo la operación de presentar el billete y facturar la maleta. «Puerta 12», me indica la azafata. Faltan cuarenta y cinco minutos. La cafetería; a la derecha un gran ventanal contra el que, evidentemente, no golpea con violencia la nieve. No hay tormenta, ni tornado, ni avería, ni remedio. Cerveza y unas almendras saladas. Coloco en una silla el chaquetón y el portafolios. Me he traído a Thomas Mann y a Jorge Semprún, pero no me apetece leer, estoy demasiado excitado por dentro. Saboreo la cerveza fría y enciendo un cigarrillo. Casi todas las mesas están ocupadas por ejecutivos bien trajeados ensimismados en sus teléfonos móviles. Todos los aeropuertos son iguales y todos sus usuarios. Yo soy la triste excepción. Seguro que nadie viaja con un destino como el mío. Con gusto me cambiaría por uno de estos caballeros que hablan y hablan. Entre los principales monumentos de Weimar cabe señalar una iglesia parroquial del siglo XV, con un retablo realizado por Lucas Cranach, el Viejo. Qué puedo hacer yo en Weimar sin una dirección, sin un teléfono de contacto donde llamar, sin nadie en quien poder confiar.

Ya no hay solución. En la agencia me reservaron hotel. Abro el sobre. Hotel Elephant. Caramba, está bien, estimulante coincidencia, seguro azar. Mann y Semprún me ayudan, los libros siempre ayudan. «Un día casi estival de la segunda quincena de septiembre de 1816, el mayordomo del Elephant, en Weimar, hombre erudito, vivió una aventura emocionante». Así comienza *Carlota en Weimar*. Semprún me amplía la información. Se trata de la Carlota del *Werther*, Carlota Kestner, de soltera Buff, natural de Hannover, la célebre Lotte. Puede que alojarme en el hotel Elephant sea la primera de una serie de gratas coincidencias; puede que el erudito señor Megner me esté esperando en la puerta. «Siempre igual, siempre las citas, la misma canción ajena». Citar es una forma de agradecer. Pero

ella necesitaba a su lado a un hombre realista y maduro, con pensamiento propio y no a un imitador de voces. «Deberías dejar de leer durante una temporada y tratar de reconocer el mundo con tus propios ojos», me decía Isabel.

Cuando nos conocimos, yo era una criatura vulnerable poseída y envenenada por la literatura, lo que ahora se denomina, no sé bien si con cursilería o sarcasmo, como un «letraherido». De entrada y con evidente astucia femenina, Isabel autorizó mis ilusiones y fingió compartir mis proyectos descabellados; durante unos meses creí en el milagro de haber encontrado a la compañera ideal, una mujer muy atractiva dotada de una excepcional inteligencia. Se puede tener un cuerpo espléndido y saber leer el epitafio que figura en la tumba de Rilke o analizar *El corazón de las tinieblas* o el clima que envuelve la historia de *The Turn of the Screw*. Pero un día, sin poder disimular su impaciencia y de muy mal humor, Isabel me interrogó sobre mi futuro, si yo quería ser realmente escritor. Le contesté sinceramente que no, que no me consideraba con el talento suficiente para escribir algo que mereciese la pena. «Quiero dedicarme a la traducción», le confesé.

Cuando el desdén y el desencanto se apoderaban de Isabel, sus ojos brillaban empequeñecidos, los labios se le endurecían y una mueca rara le afeaba la boca; una expresión de frialdad y distanciamiento se apoderaba de su cuerpo. «Entonces lo que tú quieres es ser un papagayo, un lorito de repetición». Tan enajenado estaba que no entendí bien sus palabras. Con hiriente precisión, Isabel me explicó su punto de vista. Al concluir estuve a punto de levantarme y desaparecer para siempre. Mucho dolor nos hubiésemos ahorrado de haberlo hecho entonces, pero permanecí sentado a su lado, con el orgullo por el suelo y al borde del llanto. Para Isabel el traductor era el nombre desconocido que, con letra pequeña,

aparece en la página 2 de algunos libros y en el que nadie repara; un jornalero de las letras, un hombre de oficio. Quedó muy claro. «Si de verdad lo que te interesa es la literatura, podrías dedicarte a la enseñanza, termina tu tesis de una vez...». Cuando le respondí que la literatura no se podía enseñar, Isabel se indignó del todo. Nuestras disputas solían terminar en un rincón oscuro de la avenida del parque, pero aquella noche nos despedimos sin palabras.

Voz neutra y metálica, puerta 12, destino Bruselas. Pego un respingo de sobresalto, algo impropio de mi edad. Ya no hay remedio. Pocos y obedientes pasajeros; ocupo mi puesto en la fila, coloco el portafolios en la cinta móvil del control, paso por debajo del detector, no llevo pistola, ni bomba ni cuchillo, sólo desdichas y una gran incertidumbre. Nos detenemos. Llega el momento de mirarnos aparentando mundana indiferencia, pero pensando todos estos señores y señoras desconocidos podrían ser compañeros de la muerte, un accidente y todos moriríamos juntos, cosas que se piensan vagamente cuando se está a punto de embarcar y después no pasa nada o bien ocurre en la India, los vuelos europeos son breves y civilizados. A quién se le ocurre poner un telegrama anunciando su propia muerte con cuatro días de antelación.

El grupo se agolpa delante de la puerta, que abre un empleado. Salimos al exterior a buen paso. Dócil fila subiendo la escalerilla. El mismo olor de siempre, la misma azafata, sombrero, atractiva falda estrecha. «Buenas tardes, bienvenido a bordo, señor». 22 A. Asiento con derecho a ventanilla, por ahora libre de compañero de viaje. Debemos perdonar las flaquezas de nuestros prójimos, amén, Jesús. Azafata sonriente arriba y abajo, terminando de acomodar a los últimos pasajeros. El asiento 22 B se mantiene vacío, mejor, uno se acostumbra a la soledad y a sus múltiples usos y manías, las técnicas del

solterón, *whisky*, agenda, libros, todo bien ordenado. Horarios inalterables, como el de Gustav von Aschenbach, que todas las tardes daba largos paseos a solas para descansar, sobreexcitado por el difícil trabajo matinal y sin poder detener el *motus animi continuus*.

Parece que todos los pasajeros están por fin bien colocados. Se hace el silencio característico que precede al despegue. Imposible volverse atrás; casi todo el mundo sabe que es la maniobra más arriesgada, o al menos eso piensan los profanos. Nadie se mueve, nadie habla y todos disimulamos ensimismados o detrás de un periódico. Una voz que dice «despegue inmediato». Ya estamos arriba, los edificios se han transformado en puntos diminutos. Imposible volver. De nuevo el trajín de las azafatas, carritos repletos de bandejas. El almuerzo temprano. Así se distrae uno jugando a las casitas. En vez de vino, pido cerveza, no es mi costumbre, pero en Alemania se come con cerveza. Todo drama suele tener un momento de tregua, unos minutos de paz, pienso mientras extendo sobre el rosbif el contenido de una pequeña tarrina de mostaza. Viajo en este avión porque una mujer, a la que no veo desde hace treinta y siete años, me ha llamado para que asista a su muerte, y a pesar de ello, soy capaz de beber cerveza y comer carne con mostaza.

No me acuerdo de la primera vez que la vi, pero sí de cuando hablamos por vez primera. Grupo de amigos, un día de campo en el inicio del luminoso verano del sur. Ella, a simple vista, parecía muy diferente a las otras, de manera que el galán que la cortejaba estaba el hombre confundido y sin saber cómo proceder; el desdichado me hacía todo tipo de confidencias, pidiéndome incluso el grandísimo favor de que le escribiese las cartas. Apenas si teníamos diecinueve años. El galán copiaba y firmaba sin pudor y yo escribía apasionadas

misivas de amor, saqueando a fondo a Pedro Salinas y otros excesos líricos, que dejaron a la destinataria más que sorprendida. Poco tiempo tardó Isabel en descubrir que semejante prosa no podía salir de la mentalidad del pretendiente, hombre sencillo de vocación agrícola, estudios elementales y gran fortuna familiar. Cuando ella declinó la invitación para montar a caballo y se acercó sonriente y me dijo «prefiero hablar con Cyrano de Bergerac», presentí que me rozaba la aventura, «un gran salpicar de aventuras». Y así fue. Por lealtad amical, negué la evidencia durante cerca de media hora; después, sin afirmar ni negar nada, brotó la verdad sin palabras. Isabel me prometió que en la ceremonia de ruptura —que tendría lugar al día siguiente— mi nombre no saldría para nada. Nos hicimos novios, como entonces se decía e inmediatamente me presentó a su familia. Me sentí como el gato empapado bajo la lluvia del relato de Hemingway. La madre, que tenía los mismos ojos azules que la hija, era de una poderosa familia alemana, nacida en Múnich, de apellido Grantoff, y para completar el cuadro, su padre había sido un destacado fabricante de productos químicos durante la Segunda Guerra Mundial. La señora era una dama imponente y fría que me observó de arriba abajo. Hablaba excesivamente alto, o mejor, escupía o ladraba las palabras.

El padre, que parecía más acogedor, ingeniero militar ya retirado, había creado su propia empresa y tenía en el despacho una gran fotografía de Franco. Con la boca seca y la espalda empapada en sudor, apenas si pronuncié palabra durante aquella horrible velada. Si hubiese tenido un mínimo de lucidez o un atisbo de dignidad, jamás hubiese puesto un pie en aquel reducto.

La azafata retira la bandeja, atiende mi petición y me trae el *whisky* en un vasito de plástico, *whisky* para enanitos,

casa de muñecas. Al otro lado de la ventanilla, un suelo inmenso de nubes blancas. Me parece que lo cuenta Erika Mann. Padre e hija viajaban en avión durante la guerra. El novelista ocupaba un asiento de ventanilla; sus ojos cansados contemplaban las blancas formaciones de nubes, cuando de pronto, como un negro fantasma, surgió un caza alemán, que se situó en el costado del avión, casi al lado de la ventanilla, tanto que Mann, durante unos segundos interminables, pudo distinguir a los dos pilotos y comprendió que estaban allí por una razón: querían acabar con su vida. Mann debió hacer algún movimiento instintivo o proferir un grito ahogado. Erika se abalanzó sobre su padre protegiéndolo con su cuerpo, mientras algunos pasajeros, que habían descubierto la presencia del caza alemán, gritaron horrorizados. El caza hizo una maniobra y desapareció entre las nubes.

Isabel aseguraba que entre todas las absurdas historias que yo contaba sobre la guerra, esta era la más ridícula. Algo inventado y tendencioso, otra gran mentira sobre el Tercer Reich. Imposible que un caza de la época se acercara tanto a un avión de pasajeros como para distinguir a los pilotos. Hitler tenía demasiadas preocupaciones para mandar a la Luftwaffe con la misión de eliminar a un escritor; un miembro de las SS hubiese acabado con Mann mucho más discretamente. Absurdo. Además ni Beethoven, ni el propio Mann redimen a la raza alemana de la idea de Auschwitz. Los campos de exterminio nazis nunca existieron como ahora nos quieren hacer ver. Isabel manejaba con habilidad las teorías de los historiadores de la derecha alemana y los artículos de Faurisson y me demostraba que los campos no habían existido nunca. Con una rabiosa tenacidad, que tardé meses en identificar con el fanatismo, Isabel mantenía que los campos nazis fueron el resultado de una gigantesca manipulación histórica. Buna-Monowitz, Buchen-

wald, Mauthausen y tantos otros, nunca existieron como yo pensaba.

Claro, lo veo claro, ahora lo veo claro: sólo el que tiene planeado su suicidio puede fijarle fecha a su muerte. El día 4 me quito la vida, luego faltan cuatro días. No tan claro. Isabel le tenía horror al suicidio y despreciaba a los suicidas, principalmente a los que ella llamaba «suicidas influyentes»: Larra, Virginia Wolf, Hemingway, Pavese, Stefan Zweig. Nadie tiene derecho a decidir sobre su propia muerte, salvo Dios. Nada claro.

Pero el deseo produce un estado de inagotable benevolencia, una imbecilidad transitoria que hunde al individuo en una especie de limbo circular. El enfermizo amor por Isabel me transformó en un idiota carente de voluntad propia. Además de perder la dignidad, a punto estuve de perder también lo que hoy se llama «memoria histórica», de manera que los horrores eran un invento, y los hornos crematorios y los libros de Primo Levi y las desdichas de millones de niños; ni siquiera había existido la represión franquista, ni el exilio español después de la guerra. María Zambrano era una vieja bruja intoxicada de nicotina. Las ideas políticas y religiosas de Isabel en aquellos años, además de ser expresadas con una arrogancia dogmática —que suponía un total desprecio hacia los demás—, caían plenamente en el discurso fascista, que al principio achaqué al ambiente familiar. La familia como decisivo caldo de cultivo, diametralmente opuesto al mío, de manera que a nuestro desacuerdo, debíamos añadir el viejo litigio de la sangre. Sólo un iluso profundo o un infeliz encoñado era capaz de semejante claudicación. Estamos bajando y han desaparecido las nubes de algodón. Voz metálica: «... previsto aterrizar en el aeropuerto de Bruselas dentro de cinco minutos».

El aeropuerto de Bruselas es tan aséptico como la ciudad, todo impecable, los lavabos, la cafetería, el discreto ru-

mor de las conversaciones, roto por los teléfonos móviles con sus impertinentes musiquillas y pitidos. Me acomodo en una mesa con una botellita de agua mineral. Quince minutos de escala técnica. Una muchacha rubia, quizás alemana, cruza y descruza con audacia las piernas y muestra la compacta blancura de los muslos, pero la guerra ha terminado hace años y ahora vivo en paz con el deseo, que ya ni siquiera es deseo, más bien un vago conjunto de recuerdos y sensaciones del pasado. Bragas negras. La desaparición del deseo significa la llegada de la vejez y de la muerte. «No puedo prescindir de Dios». La eterna historia. La noche anterior, por fin, ella había cedido a mi ímpetu; pude acariciar sus pechos. Mis dedos temblorosos rozaron su sexo y entonces ella me apartó tan bruscamente que me sentí como un ladrón sorprendido en plena faena. Al día siguiente los escrúpulos, el pecado de impureza, el casamiento como única solución. Así hasta la próxima vez. Una situación muy de la edad y de la época. Señorita burguesa, culta, educada en un colegio de monjas, manteniendo a raya al apasionado galán. Pureza y energía. Cediendo algo y retrocediendo de inmediato. Cierta noche me encontré con el antiguo pretendiente de Isabel, al que yo le escribía las cartas de amor. Nada me preguntó el hombre sobre el penoso noviazgo. Algunos íntimos conocían mi situación. Al despedirnos, me dijo algo que no esperaba de su apacible mentalidad: «Ten mucho cuidado, que te veo gritando “viva Hitler”». Por lo visto, el hombre había madurado. La mentalidad de Isabel y de su familia la conocía todo el mundo, menos yo.

Por lo tanto, la exhibición que está realizando la muchacha alemana resulta un número de circo. Ahora parece rectificarse, me mira de soslayo, se ajusta la minifalda y recompone la figura, tal vez desanimada por la fría acogida del público. Llueve de manera suave sobre el aeropuerto de Bruselas; la

vida como un conjunto de apariencias en línea recta, pragmática capital de Europa llena de funcionarios. Me han ofrecido traducir a George Steiner. Me gusta mucho el susurro del texto que maneja Steiner, su complicidad. Sobre la lluvia de verano en el Tirol: «Poseen una insistencia taciturna, flagelante, y llegan en tonos de verde oscuro cada vez más intenso. Un mundo convertido en col hervida». Col hervida le hubiese agradado a Galdós. Isabel también despreciaba a Galdós; odiaba su realismo basto y mostrenco, pero sobre todo su soltería, su condición de putaño desafortunado, cosa que le sacaba de quicio porque sospechaba que esa soltería reforzaba mi concepto de la literatura como oficio de solitarios incapaces de compartir nada. El ideal de Isabel era el hombre que, pudiendo hacer algo importante, sacrificaba su vocación por crear una familia y mantenerla con dignidad. Quizás Isabel hubiese sido feliz con un Bartleby de esos que describe Enrique Vila-Matas, los negadores de la escritura, fieles seguidores de Jean de La Bruyère, cuando dice «la gloria o el mérito de ciertos hombres consiste en escribir bien; el de otros consiste en no escribir». Para Isabel y su familia, la obligación básica del hombre era el bienestar doméstico; más todavía, era la esencia de la propia hombría y dignidad. Ante tal cuestión, no existía la menor competencia. Sólo la religión podía eximir al hombre del cuidado de su familia, por eso el sacerdote debía renunciar al matrimonio. «Y no me digas, por favor, que la literatura es una religión. La literatura es una técnica de expresión, un oficio que tú has elevado a la categoría de dedicación suprema para justificar tu propio fracaso. En todo caso, puedes elegir, todavía estás a tiempo. Déjame y cumple con tu religión, pero tú no estás preparado para resistir la soledad. Eres demasiado blando».

La cuestión era desazonar, alterar, sabotear con su pretendida acción benéfica mi forma de pensar y vivir. Así hasta

que me estalló la cabeza. Después de una discusión particularmente tensa y humillante para mí, llegué a casa y de pronto me atacó un fortísimo dolor de cabeza. Hace de esto treinta años y no puedo soportar el recuerdo. Dolor desconocido en la cabeza y la nuca. Al despertar no podía mover bien la pierna izquierda. Mi madre, alarmada, llamó al médico. Una fatiga increíble se había alojado en mi cuerpo. No podía leer, me había olvidado de la ortografía, era incapaz de buscar una palabra en el diccionario y casi no me podía expresar con claridad. Después de muchas pruebas médicas, no me encontraron ninguna enfermedad física. El diagnóstico fue depresión aguda y algo relacionado con el litio. Seis meses de baja, sin poder traducir ni dar clases en la academia de idiomas donde trabajaba, saturado de pastillas y sin probar el *whisky*.

La reacción de Isabel tuvo dos partes claramente diferentes. En la primera me conmovió su preocupación. Temía, como sus padres, un tumor cerebral. Al verme tumbado en el sofá, se echó a llorar como una novia clásica. Cuando mi madre salió de la habitación, me besó en la frente y me dijo: «Júrame por Dios que yo no tengo nada que ver con tu enfermedad». Perdí una buena ocasión para acabar con la historia, pero me faltó valor y juré en falso. Pero cuando los médicos dijeron que se trataba de una depresión profunda, la actitud de Isabel cambió. «A mí no me puedes engañar. Tira ahora mismo a la basura esas pastillas y enfréntate a la realidad como un hombre». Para Isabel y su familia la depresión no existía; la depresión era un ardid, un engaño pensado para no trabajar, una forma de cobardía indigna. Durante el verano sus padres la enviaron a Múnich a casa de unos tíos. Estuve casi tres meses sin verla y eso me curó.

Voz metálica, aviso de embarque vuelo con destino Frankfurt. La alemana se levanta rauda; además de sus redondeados

muslos, luces tetas espectaculares, aunque fuera de su tipo. Se cubre con un abrigo púdico. Requisitos antes de embarcar. Final del pasillo y directamente al avión. Idéntico olor, la misma azafata.

No veo ahora formaciones de nubes blancas. Sólo oscuridad. Cierro los ojos. Placidez y olvido. Bajo muy despacio hacia el sueño. Un teléfono suave. Voz de mujer. «¿Eres tú?» pregunta y antes de que pueda contestarle, me dice: «Esperaba tu llamada». Después en alemán el largo nombre de una calle *strasse die bahu die* que no puedo memorizar. Camino por una calle desierta y cubierta de nieve; de pronto me fijo en una casa de dos plantas. Me acerco a la entrada. Antes de tocar el timbre, la puerta se abre. Vestíbulo cálido y bien amueblado. Al fondo, junto a la escalera, me esperaba Isabel, vestida totalmente de negro, como de motorista, enfundada en unos pantalones de cuero. Qué rara manera de vestir, pero los pantalones le sentaban bien y parecía casi la misma de siempre.

Cuando traté de acercarme, alguien me golpeó en la cabeza, un golpe seco y me desplomé. No sé el tiempo que estuve sumergido en la oscuridad. Al abrir los ojos sentí un fuerte dolor en la espalda y casi no podía moverme. Alguien me había golpeado con verdadera saña, con mano de luchador o con una barra de hierro. Estaba tendido en una nave vacía con el suelo de cemento sin allanar cubierto de barro. Un hombre se acercó. Reconocí su rostro. Era Jorge Semprún. Me tendió la mano y dijo «bienvenido, es usted el traductor, supongo». Afirmé con la cabeza. Semprún vestía unos pantalones viejos y una estrecha chaqueta de color castaño. «Debe empezar ya el trabajo —me dijo—; el primer texto del alemán al francés». Me señaló un cartel que decía EINE LENS DEIN TOD. No entendía nada. El dolor de cabeza no cesaba y nos envolvía un olor pestilente cada vez más denso.

«... en el aeropuerto de Frankfurt». Despierto sobresaltado. La voz metálica acaba de decir que estábamos a punto de aterrizar en Frankfurt. He dormido casi dos horas y me siento sucio y con la ropa en desorden. Algo vacilante me dirijo al W.C. Orino largamente, me lavo las manos, me refresco la cara, me ajusto la camisa y los pantalones y vuelvo a mi asiento.

Después del golpe que me asestaron en casa de Isabel, me internaron en un campo nazi, sin duda Buchenwald, muy cerca de Weimar. Antes del viaje estuve leyendo un rato *L'écriture ou la vie*, por eso Semprún aparece en el sueño, él estuvo en ese campo, del que salió en abril de 1945, liberado por el Tercer Ejército de Patton. Una metáfora onírica. En el peor de los casos Isabel me abofetearía, pero no la creo capaz de mandar a nadie para que me diera una paliza. Vamos bajando. Cielo nublado con ramalazos luminosos. Quién se vuelve ahora. Por amigos comunes, supe que Isabel, a raíz de nuestra separación, organizó una reunión para explicar las causas de la ruptura. Una especie de lamentable rueda de prensa y toda una traición a nuestra pasada intimidad. Fragmentos de mis cartas fueron leídos y comentados en público. Mucho rencor hace falta almacenar dentro para hacer algo así.

Algo disparatado me pasa por la cabeza: ¿y si el telegrama de Isabel fuese una trampa para acabar conmigo? Algo cuidadosamente preparado para aniquilarme en una ceremonia ritual a imitación de las que organizaban los SS. El sueño de la soledad también produce monstruos. Otra vez los SS, la Gestapo, tu obsesión por los nazis, la imagen apocalíptica de una guerra que te han hecho beber como una purga de aceite de ricino. Entre el fervor de tu madre y tus lecturas desorganizadas, te han convertido en un maníaco-depresivo, bien se nota que no has tenido padre. Te han educado tendenciosamente, en una libertad peligrosa. La ira santa y redentora de Isabel.

Casi estamos aterrizando. Velozmente se acercan luces paralelas. Suenan las ruedas, un ligero salto, tierra, Frankfurt, perpetrada la primera parte del acto de locura. Ya estoy en terreno enemigo. Iniciamos la bajada por la escalerilla. Un autobús nos espera. 19.40. Dispongo de hora y cuarto para tomar un taxi y llegar a la estación. El aeropuerto es inmenso. A esta hora yo estaría trabajando en casa tranquilamente, tal vez pensando cuando termine el folio llamaré a Rosario para cenar juntos o tomar unas copas, sin el menor compromiso o quizás aceptando con naturalidad y humor un tardío ramalazo del deseo. La llamaré desde Weimar, pero no le puedo contar toda la verdad. No se trata de un gran amor y ella lo acepta resignada. Rosario es una bahía bien resguardada de vientos y tormentas.

El autobús se detiene delante de una puerta de cristal iluminada. La rubia se destaca del grupo, se pone en cabeza, se nota que conoce el camino. Sombrerera, bolsa y neceser no le impiden caminar con ímpetu. Se trata de seguirla hasta equipajes. Ya está indicada la llegada del vuelo Bruselas-Frankfurt. Corrillo expectante. Arranca, se mueve la cinta, primeras maletas. Dicen que este pueblo funciona como un reloj, de ahí la profunda admiración de Isabel por la raza; ocurre que de pronto el reloj se vuelve loco y manda al carajo las horas de la historia. Acaba de aparecer mi maleta, basta con alargar la mano, pero la muchacha rubia sigue esperando. De pronto la correa se queda inmóvil. Cinco o seis pasajeros a la espera, entre ellos la moza rubia. Nadie se altera. De nuevo se pone en movimiento y la rubia sonrío con su maleta. Camino a su lado. Seguro que nos dirigimos a las puertas de salida que se ven al fondo. Qué estoy haciendo aquí. La pregunta no es pertinente.

Corredor a la derecha. Leves trámites de aduana. Sorprendente celeridad burocrática. Se perdió la rubia. Me acer-

co a la salida. Bocanada de aire frío. Le cedo el paso a un matrimonio anciano. Me llega el turno. El taxista parece latino, desde luego no es el nieto de Max Schemelling. Moreno, bigote poblado, bajito, vivaracho. Le explico y me contesta en portugués, alabado sea Fernando Pessoa. Me ha entendido. «A unos veinte minutos —me dice—, llegaremos a tiempo». Sale disparado. Parece un buen taxista. Semáforos. Amplias avenidas desiertas, altos edificios iluminados, publicidad multicolor. Esto es Frankfurt, pero podría ser otra ciudad del ancho mundo ajeno. Tráfico moderado, pocos transeúntes. Dónde estarán los famosos bebedores de cerveza y los degustadores de salchichas. Los alemanes se levantan con el alba, llegan rendidos a casa, cenan un hervido o una ensalada y se van a la cama pensando ya en el trabajo del día siguiente. Mientras tanto, los bares y tabernas de Lisboa estarán llenos. Enorme plaza con una fuente luminosa en el centro. Frankfurt monumental, contraventanas, bronce, limpieza, riqueza. Pasamos por delante de lo que parece una amplia cervecería con gente joven en la puerta, todos bien abrigados. De nuevo calles vacías, altos edificios de cristales, bancos, oficinas; otra extensa avenida y de pronto, al fondo, un enorme edificio resplandeciente. El taxista me hace un gesto triunfal con la mano: «La estación, señor, veinte minutos».

Nos detenemos delante de la puerta principal; el taxista me pregunta por mi destino y el hombre dice le acompaño hasta la ventanilla, venga conmigo y encima carga con la maleta, es casi enano. Entramos en el andén, altísima bóveda, hierro forjado y cristalera. El taxista se acerca a información y a los pocos minutos me dice la 23, vamos. En la 23 hay sólo un señor visiblemente alemán. Me atienden en inglés: un billete primera clase para Weimar. Andén 15. Subimos por una larga escalera mecánica, protesto débilmente, nunca he visto a nadie

más amable; trato de ser un buen profesional, señor; es usted algo más que un excelente profesional. Llegamos al andén y allí estaba el tren. Le pago la carrera al taxista y le añado un billete que el portugués intenta rechazar: «Es demasiado, señor». «Tome una cerveza a mi la salud; no bebo, señor». Nos estrechamos las manos como dos viejos conocidos. Me ayuda con la maleta y subo al tren.

Hasta el momento estoy teniendo muchísima suerte, quizás mi aspecto de gorrión mojado sea una buena ayuda. Busco el asiento, otra vez junto a la ventanilla; coloco la maleta y trato de relajarme. Un señor embebido en la lectura del periódico, señora enlutada y un muchacho pelado al cepillo con aspecto de militar de paisano. Me reviso los bolsillos, todo en orden. Con disimulo cuento el dinero; le he dado al taxista cerca de mil pesetas de propina, la necesidad nos hace generosos. Bien está lo que se hace con gusto. Carreras apresuradas en el andén. Aviso por megafonía. Sólo entiendo Weimar.

El tren se desliza en la oscuridad; hubiese preferido un tren más antiguo y convencional. Un plano junto a la ventanilla: Frankfurt am Main-Bad Homburgen-Friedberg HE-D-Kreuz-Gambacher-Glebuer-Sudkreuz-Gieben-Licher Strabe 5-Gieben-D-Nordkreuz-WEIMAR. Cierro los ojos.

Viajo en un tren moderno, solo, hacia una ciudad desconocida, llamado por una mujer que, al parecer, desea que asista a su muerte. El cristal de la ventanilla se cubre de gotas de lluvia; pasan vertiginosos postes blancos. No es un tren de Conan Doyle, ni de Agatha Christie. Acaso no se suicidó Walter Benjamin en el sótano de una casa abandonada en Frankfurt. Benjamin se suicidó en Port Bou, frontera hispano-francesa, la noche del 28 de septiembre de 1940. La figura y la obra de Benjamin fueron durante un tiempo mis mejores argumentos para luchar contra Isabel. Una y otra vez, con variaciones de

mi propia cosecha que introducía en el relato para mejorar los resultados —tales como resaltar la serenidad de sus ojos, concederle una estatura superior al uno ochenta o aumentar la riqueza de su familia judía—, le contaba a Isabel la vida de Benjamín, los sufrimientos de su existencia, cuando en 1939 la Gestapo le privó de su nacionalidad alemana por haber publicado en una revista rusa. Cuando creía haber alcanzado el máximo de intensidad y emoción en el relato, Isabel sacaba a relucir su lógica de licenciada en Química y, sin inmutarse, me preguntaba qué necesidad tenía de publicar en una revista rusa. La pregunta quería decir, al menos, dos cosas: en primer lugar que Benjamin era un ser inútil para la vida práctica; en segundo lugar, que se trataba de un judío marxista. A Isabel le irritaba sobremanera el énfasis que yo derrochaba, mi apasionamiento. El mejor elogio que Isabel podía hacer de una película era su falta de énfasis; sin el menor énfasis, decía. Ella hubiese dirigido con igual eficacia una funeraria o un periódico, un supermercado o una fábrica de ametralladoras. Todo consistía en estudiar serenamente los asuntos y poner los medios adecuados para solucionarlos, apartando los inconvenientes de la emotividad y las cargas subjetivas. Sin énfasis.

Pero yo continuaba contando la situación de Benjamin en Francia, su aislamiento, la desesperada situación económica, la llegada a Marsella, donde por fin consigue el visado para los Estados Unidos, la salida de Francia y el paso de los Pirineos. Un hombre agotado y enfermo, que caminaba dificultosamente arrastrando una maleta en la que llevaba los papeles de su último libro y quince tabletas de morfina. Al llegar a España se entera de la verdad: el gobierno de Franco le ordena volver a Francia. La reacción de Isabel fue muy expresiva: «Por lo que me has contado, resulta que Franco también mató a Benjamin». Cómo era posible permanecer sentado al lado de

aquella mujer, esperando ansiosamente la oscuridad de la noche para acercarme a su cuerpo como un mendigo que implorara una limosna. Muchas veces me he hecho esta misma pregunta. Sin duda, en aquellos días, yo era un enfermo de deseo, una criatura infantilizada por el sexo, enloquecido por una mujer que a toda costa quería poseer. Un drama trivial.

Pero yo resistía, encajaba los golpes, aguantaba a cambio de un beso precavido o de una caricia fugaz, resistía por encima de la humillación. Tengo sed y hambre, es casi la hora de cenar, un tren moderno que deberá llevar vagón restaurante. Cierro los ojos. También le molestaba mucho mi excelente memoria; la memoria es la inteligencia de los tontos, decía. «Si te supieras así el Código Civil, te harías rico». Hasta que una tarde no pude aguantar más y le pregunté qué encontraba en mí, deberías buscarte a otro, un tipo bien colocado y de acuerdo con tus ideas. Algo extraño debió ver en mis ojos, una luz peligrosa o quizás el límite de la desesperación. Me contestó de manera banal: «Tu bondad y debilidad; eres la persona más vulnerable del mundo». Una estúpida mentira, ninguna mujer se enamora de la debilidad de un hombre. Se abre la puerta y aparece el revisor. En francés le pregunto por el restaurante. Se queda mirándome, pero entiende mi gesto de cuchillo y tenedor. Me señala la puerta.

Al abrir la puerta me sorprende la velocidad y el viento frío. Vagón gemelo, vacío. Abro otra puerta, se resiste un poco e idéntico panorama. Avanzar por el pasillo de un tren en marcha es un ejercicio ridículo. Viajo en un tren vacío. «Alguien debía de haber hablado mal de Josef K., puesto que, sin haber hecho nada malo, una mañana lo arrestaron». Tampoco es para ponerse nervioso y pensar en Kafka; simplemente hoy viaja poca gente. Otra puerta y por fin el restaurante.

La costumbre infantil de esperar siempre otra cosa diferente a la real, por ejemplo, el vagón comedor del Oriente Ex-

press, con sus manteles y esas lámparas azuladas tan íntimas, que parecen acoger a los comensales dentro del círculo de su luz. Pero se trata de un vulgar vagón cafetería con varias mesas, un pequeño mostrador y dos camareros. Dos mesas están ocupadas, menos mal que alguien siente la necesidad de comer en este tren. El camarero me ofrece la carta. Buen invento: cada plato aparece fotografiado en color. Elijo el 1: un par de salchichas, verdura y jarra de cerveza. El camarero desaparece por el fondo. Vuelve al poco rato con la bandeja; el plato es copia fiel del original fotográfico. Dos buenas salchichas, algo que se parece a un trozo de coliflor hervida y una jarra de cerveza a la que le faltan varios puntos de frialdad, pero me refresca la garganta y el ánimo. Verdura insípida. Un país sin sal. Comida solitaria, cuántas cenas solo en tantos lugares, precio mínimo de la libertad, soledad en París, Londres, Lisboa y ahora aquí, camino de Weimar. Pido otra cerveza. No será todo un complot de la Gestapo. No debería entregarme al desorden del delirio con tanta facilidad. Sin duda me esperan momentos mucho más difíciles y amargos. Hay que levantar el ánimo, y dejar en paz a la Gestapo, que ya no existe. Weimar. La República de Weimar glorificó a Goethe, también a Mann; huellas de Schiller, de Nietzsche y Gropius; colina de Ettersberg; Goethe paseando con Eckermann, representación espiritual de Europa.

Primo Levi se suicidó en 1987, muchos años después de su terrible experiencia, incapaz de resistir los recuerdos, cuando ya parecía recuperado. Uno de los recursos de Isabel consistía en citar infamias y crueldades semejantes a las de Auschwitz. Exaltado, es decir, con énfasis, le replicaba que Auschwitz no admitía comparación, que jamás se podría justificar ni explicar tal monstruosidad. Entonces no conocía a Günter Grass: «Tenemos todas las razones para tener miedo de noso-

tros mismos como unidad capaz de actuar. No podemos pasar por alto Auschwitz». Una discusión diaria, de manera que cuando ella, ayudada por su familia, descubrió el engaño que me había montado fingiendo tener un trabajo que no existía, quedé al descubierto entre la vergüenza y el ridículo, pero a la vez sentí un alivio inmenso por haber acabado para siempre con aquella pesadilla. Al parecer en este tren no hay *whisky*, ni ginebra, ni ron, sólo café. Café.

No quiero adormilarme porque puedo soñar con Buchenwald o con Isabel. Nos separamos muy jóvenes; ella con veintidós años, yo con veintisiete. Es muy posible que su pensamiento haya evolucionado en este largo período de tiempo. El tren disminuye de velocidad, se detiene suavemente. Luces. Estamos en una pequeña estación y puedo leer en un rótulo luminoso GIESSEN. Se abre la puerta y junto con una bocanada de frío, suben cuatro muchachos con grandes bolsas de viaje; hablan demasiado alto, le dan la vuelta a los asientos. Se quitan los chaquetones y resulta que los cuatro visten chalecos idénticos. No paran de hablar y reír. Aplauden cuando el tren se pone en marcha. Tal vez sea una sana expresión del espíritu olímpico, quizás pertenezcan a un equipo de *rugby*; pueden ser cualquier cosa menos una banda de neonazis, llevarían los símbolos a la vista, el pelo cortado de otra manera. Por si acaso, que se vayan a la mierda; ellos no saben que en este país es inevitable fechar la historia antes y después de Auschwitz. «Eres la persona más obsesiva del mundo —afirmaba Isabel—, tu pensamiento es el de un enfermo maniático. Lo he hablado muy seriamente con mis padres y hemos pensado que debes ir urgentemente a un psiquiatra». Ser diferente es ser indecente. Isabel y su dichosa familia de jueces espontáneos —apenas si existía una hermana menor, acomplejada por el brillo de Isabel, silenciosa y de apariencia infeliz—, eran muy capaces de tachar «indecente» y poner «enfermo». Ser

diferente es ser un enfermo. Siguiendo el precepto, Isabel alardeaba de haber estado cinco años en la universidad sin haber intervenido nunca en ningún acto no lectivo, jamás pisó el cine club ni acudió a una conferencia. Decía que la universidad «era para estudiar, sacar el título y ponerse a trabajar».

Terminé en la consulta de un psiquiatra y si ella se hubiese empeñado, habría tocado la trompeta en la calle o me habrían colocado de portero en un club nocturno. Un psiquiatra que creía más en el poder infinito de la Santísima Virgen que en las virtudes del psicoanálisis. «Su personalidad actual —me dijo—, está gravemente erosionada y bloqueada. Una vez recuperada la calma y la normalidad con el tratamiento, nos debemos fijar dos objetivos principales: formalizar sus relaciones con Isabel y centrar su trabajo en la creación de una familia equilibrada».

No volví a la consulta de aquel pobre hombre que, sin embargo, tuvo la deferencia de decirle a Isabel y a su familia que mi coeficiente intelectual era muy alto, pero que se trataba de un sujeto neurótico, proclive a la depresión y desde luego no apto para el matrimonio. Estuvimos pues a punto de separarnos por prescripción facultativa. Con su habitual buen sentido, los padres de Isabel la enviaron de nuevo a Múnich todo el verano. Pasé dos meses de absoluta tranquilidad, trabajando en lo mío y disfrutando de las noches de la ciudad estival.

Los deportistas juegan a los naipes y beben largos tragos de agua mineral. Manotazos sobre el tablero que han sacado del asiento. Se increpan y se golpean amistosamente, chocan las manos abiertas, como después de haber conseguido un tanto, el gesto triunfal del gol, por lo tanto, resulta forzado —por no decir ridículo y demagógico— pensar que estos muchachos sean descendientes directos de las Juventudes Hitlerianas; por supuesto no sabrán que Jean Amery se suicidó en un hotel de

Salzburgo; nada sabrán de la imborrable vergüenza de millones de gafas, relojes, joyas, zapatos, fotografías, viejas maletas y dentaduras postizas pertenecientes a millones de cadáveres. Llena de ira, Isabel gritaba: «¡Y los rusos, el padrecito Stalin y el Gulag!».

Los deportistas guardan la baraja, las botellas de agua mineral; bajan las bolsas, se ponen los chaquetones. La señora enlutada coge también su pequeña maleta. Debemos estar llegando a Weimar. Por megafonía interior una voz dice Weimar. Maleta, portafolios, chaquetón. Debo superar esta sensación de irrealidad. El tren va perdiendo velocidad. Weimar, tercer capítulo del acto de locura. Entramos despacio en una estación que mucho se parece a otras que ya he visto en la realidad, en el cine o en los sueños recurrentes sobre la guerra. El tren se detiene y suena una campana; los deportistas son los primeros en bajar. Saltan al andén; después baja la señora enlutada. Me pongo el chaquetón y salgo. Aire muy frío. Los deportistas se abrazan con otros muchachos. Fraternidad del músculo. Se encaminan hacia la puerta. Llevo la dirección del hotel escrita en un papel. En la puerta está el revisor hablando con varios compañeros uniformados. Salgo a una rotonda y no veo ningún taxi. Enciendo un cigarrillo y espero. Uno de los hombres que estaba con el revisor se acerca y me indica algo con la mano. Le agradezco la atención y me dirijo al taxi. Parece que el chófer me acaba de ver, pues baja del coche y se adelanta. La luz le descubre la cara. Un tipo alto, enfundado en una cazadora, pantalones y gorra también negra. Desde luego no se trata del portugués de Frankfurt, aunque después de colocar la maleta en la parte trasera, haga el falso intento de abrirme la puerta. Antes de indicarle la dirección, mirándome fijamente por el retrovisor, con voz ronca y desagradable, me pregunta:

—¿Hotel Elephant?

Tratando de disimular la sorpresa afirmo primero con la cabeza, después digo sí y el hombre arranca. Intento racionalizar la coincidencia. Debido a su antigüedad —ya existía en 1816, según Mann—, el hotel Elephant, sin duda, será el más conocido de la ciudad. Experto en su oficio y observando mi salida de la estación, el taxista acertó, aunque en la ciudad habrá otros hoteles, pienso. El tipo no me gusta nada. Conduce demasiado despacio y sin embargo las calles bien iluminadas están casi desiertas, sin apenas tráfico.

Casas con tejados a dos aguas. Una iglesia y el escaparate iluminado de una tienda de instrumentos musicales, claro, en Weimar vivió Bach, Franz Liszt fue director de la orquesta de la ciudad. Pequeña plaza medieval con una fuente en el centro; le damos la vuelta y de nuevo pasamos por delante de la tienda de instrumentos musicales. Este tío me está timando, un taxista sin vergüenza profesional que piensa que los extranjeros somos ciegos e idiotas. Desembocamos a otra plaza recoleta y de nuevo la iglesia, que debe ser del XV, aunque restaurada. De pronto el taxista acelera y enfilamos una amplia avenida, que desemboca en una plaza. Al fondo un luminoso verde: Hotel Elephant.

El taxi se detiene y el conductor hace sonar el claxon. Este tío, además de un hortera, es un gamberro. Tres golpes de claxon que han estremecido el silencio de la noche. Se abre la puerta y aparece un hombre mayor que lleva puesto un amplio delantal verde. Bajo del taxi. Entonces se produce una escena inesperada. El empleado del hotel —que no puede ser el erudito señor Megner— y el taxista, todavía con mi maleta en la mano, se enzarzaron en una violenta disputa. No entendí una sola palabra de lo que hablaban, ni los motivos de la discusión. De pronto el taxista le tendió la maleta al empleado del hotel,

subió al coche y desapareció a gran velocidad. El empleado del delantal verde billar me sonrió con delicadeza y en un francés de manual, me dijo:

—Se ha largado. Un mal hombre, señor, uno que trabaja sin licencia. Es el único taxista de Weimar que no tiene licencia. El señor ha viajado gratis.